

Antonio Plaza Llamas

## A María la del cielo

### Poema original:

Y ya al pisar los últimos abrojos

De esta maldita senda peligrosa

Haz que ilumine espléndida mis ojos

De tu piedad la antorcha luminosa

García Gutiérrez

Flor de Abraham que su corola ufana  
abrió al lucir de redención la aurora:  
tú del cielo y del mundo soberana,  
tú de vírgenes y ángeles Señora;

Tú que fuiste del Verbo la elegida  
para Madre del Verbo sin segundo,  
y con tu sangre se nutrió la vida,  
y con su sangre libertose el mundo:

tú que del Hombre-Dios el sufrimiento,  
y el estertor convulso presenciaste,  
y en la roca del Gólgota sangriento  
una historia de lágrimas dejaste;

tú, que ciñes diadema resplandente,  
y más allá de las bramantes nubes  
habitas un palacio transparente  
sostenido por grupo de querubes

y es de luceros tu brillante alfombra  
donde resides no hay tiempo ni espacio,  
y la luz de ese sol es negra sombra  
de aquella luz de tu inmortal palacio.

Y llenos de ternura y de contento  
en tus ojos los ángeles se miran,

y mundos mil abajo de tu asiento  
sobre sus ejes de brillantes giran;

tú que la gloria omnipotente huellas,  
y vírgenes y troncos en su canto  
te aclaman soberana, y las estrellas  
trémulas brillan en tu regio manto.

Aquí me tienes a tus pies rendido  
y mi rodilla nunca tocó el suelo;  
porque nunca Señora, le he pedido  
amor al mundo, ni piedad al cielo.

Que si bien dentro del alma he sollozado,  
ningún gemido reveló mi pena;  
porque siempre soberbio y desgraciado  
pisé del mundo la maldita arena.

Y cero, nulo en la social partida  
rodé al acaso en páramo infecundo,  
fue mi tesoro una arpa enronquecida  
y vagué sin objeto por el mundo.

Y solo por doquier, sin un amigo,  
viajé, Señora, lleno de quebranto,  
envuelto en mis harapos de mendigo,  
sin paz el alma, ni en los ojos llanto.

Pero su orgullo el corazón arranca,  
y hoy que el pasado con horror contemplo,  
la cabeza que el crimen volvió blanca  
inclino en las baldosas de tu templo.

Si eres ¡oh Virgen! embustero mito,  
yo quiero hacer a mi razón violencia;  
porque creer en algo necesito,  
y no tengo, Señora una creencia.

¡Ay de mí! sin creencias en la vida,  
veo en la tumba la puerta de la nada,  
y no encuentro la dicha en la partida,  
ni la espero después de la jornada.

Dale, Señora, por piedad ayuda  
a mi alma que el infierno está quemando:  
el peor de los infierno... es la duda,

y vivir no es vivir siempre dudando.

Si hay otra vida de ventura y calma,  
si no es cuento promesa tan sublime,  
entonces ¡por piedad! llévate el alma  
que en mi momia de barro se comprime.

Tú que eres tan feliz, debes ser buena;  
tú que te haces llamar Madre del hombre,  
si tu pecho no pena por mi pena,  
no mereces a fe tan dulce nombre.

El alma de una madre es generosa,  
inmenso como Dios es su cariño:  
recuerda que mi madre bondadosa  
a amarte me enseñó cuando era niño.

Y de noche en mi lecho se sentaba  
y ya desnudo arrodillar me hacía,  
y una oración sencilla recitaba,  
que durmiéndome yo la repetía.

Y sonriendo te miraba en sueños,  
inmaculada Virgen de pureza,  
y un grupo veía de arcángeles pequeños  
en torno revolar de tu cabeza.

Mi juventud, Señora, vino luego,  
y cesaron mis tiernas oraciones;  
porque en mi alma candente como el fuego,  
rugió la tempestad de las pasiones.

Es amarga y tristísima mi historia;  
en mis floridos y mejores años,  
ridículo encontré, buscando gloria,  
y en lugar del amor los desengaños.

Y yo que tantas veces te bendije,  
despechado después y sin consuelo,  
sacrílego, Señora, te maldije  
y maldije también al santo cielo.

Y con penas sin duda muy extrañas  
airado el cielo castigarme quiso  
porque puse el infierno en mis entrañas;  
porque puso en mi frente el paraíso.

Quise encontrar a mi dolor remedio  
y me lancé del vicio a la impureza,  
y en el vicio encontré cansancio y tedio,  
y me muero, Señora, de tristeza.

Y viejo ya, marchita la esperanza,  
llego a tus pies arrepentido ahora,  
Virgen que todo del Señor alcanza,  
sé tú con el Señor mi intercesora.

Dile que horrible la expiación ha sido,  
que horribles son las penas que me oprimen;  
dile también, Señora, que he sufrido  
mucho antes de saber lo que era crimen.

Si siempre he de vivir en la desgracia,  
¿por qué entonces murió por mi existencia?  
si no quiere o no puede hacerme gracia,  
¿dónde está su bondad y omnipotencia?

Perdón al que blasfema en su agonía,  
y haz que calme llorando sus enojos,  
que es horrible sufrir de noche y día  
sin que asome una lágrima a los ojos.

Quiero el llanto verter de que está henchido  
mi pobre corazón hipertrofiado,  
que si no lloro hasta quedar rendido  
¡por Dios! que moriré desesperado.

¡Si comprendieras lo que sufro ahora!...  
¡Aire! ¡aire! ¡infeliz! ¡que me sofoco!...  
Se me revienta el corazón... ¡Señora!  
¡Piedad!... ¡Piedad de un miserable loco!